

# TIERRA LEVANTINA

Semanario anticlerical e izquierdista

Año I Núm. 18

Alicante 13 de Diciembre de 1930

Ejemplar 10 céntimos

Suscripción mensual 50 céntimos

Redacción y Administración, Sagasta, 55. Corresponsalia literaria y administrativa en Yecla, San Antonio, 50

## «El obstáculo Socialista»

En la sucesión histórica de partidos políticos en el gobierno de los pueblos todos han llevado la misma marcha. Primero un periodo de horror, susto y miedo por parte de esa gente borreguil, eternamente indiferente que todo lo que representa progreso y anhelo de una estructuración política mejor, simboliza para ella un atentado a sus costumbres. ¡Como que el cambio ha de operarse a expensas suyas! Sobre la base de una destrucción del individuo como ente aislado, esto es, de una deshumanización. «El individuo como ser aislado no tiene valor alguno, lo único favorable es la colectividad». En una segunda fase las ideas entran en el campo de la consideración ya que aún para los «meollos» más cerrados les es posible la penetración de un sayo luminoso; su indiferentismo inveterado caen sobre las nuevas percepciones y por último, el miedo, el horror se pierden en una tercera fase que bien podremos llamar de familiarización con las nuevas ideas política. Muchos se permiten loarlas, otros se agrupan pasivamente en torno de ellas y por último los menos, llegan a comprenderlas en toda su extensión, pero como son contrarias a su «modus vivendi» basado en el beneficio propio en detrimento de los demás, no pueden aceptarlas, «sería un gesto poco aristocrático» y «excesivamente demagógico. Este proceso es el seguido por todas las ideas políticas, ab-

La denuncia formulada ante las autoridades de Valencia por el secretario del Sindicato Unico de la Metalurgia y publicada por «El Pueblo» ha producido enorme sensación en toda España.

Claros y terminantes son los cargos que en la citada denuncia se hacen a la dirección de La Unión Naval de Levante, que ante la huelga planteada por sus obreros no ha encontrado fórmula más adecuada para resolver el conflicto, que reclutar veintitres individuos profesionales del matonismo, y de sobra conocidos por la policía formando una banda de pistoleros con que responder a las aspiraciones proletarias.

El infortunado Santiago García, firmante de la denuncia ha sido la primera víctima. En lo más céntrico de Valencia y a plena luz del día cayó acribillado a balazos. Aunque las noticias publicadas por la prensa dicen que fué muerto por la policía, es muy significativo, que las balas hicieran el primer blanco, precisamente en quien días antes señalaba el peligro de la maniobra tramada con el exclusivo propósito de asesinar obreros.

Nuestro querido colega «El Pueblo», de Valencia, que publicó la denuncia firmada por el obrero muerto, con el plausible propósito de evitar días de luto a la hermosa ciudad levantina, sufre las iras de la dictadura disfrazada, con la suspensión indefinida.

**TIERRA LEVANTINA dedica un sentido recuerdo a Santiago García y protesta enérgicamente contra las maniobras fraguadas para resucitar en Valencia páginas tan vergonzosas como las del terrorismo barcelonés.**

solamente por todas desde las más troglodíticas a las más progresivas. Recuérdese las luchas que agitaron a la Europa central con motivo de las ideas constitucionales que trataban de controlar simplemente—no ya de poner veto—a las arbitrariedades omnipotentes de la realeza despótica. En cuanto a la cosoberanía como el lector simplemente observará no deja de ser un «mito».

El ideal liberal—pese a la vaguedad del concepto—ha sido siempre vana palabrería, con la que en momentos de optimismo, que más bien llamaríamos fracaso reaccionario, se ha intentado darle forma

Dentro de su impreciso cuadro se ha querido enmarcar las tendencias más opuestas, ya que en él caben desde el dinastismo cavernícola hasta el comunismo libertario. Esta amplitud tan imprecisa lleva en sí el estigma de la vaguedad absurda que equivale a negación de un cuerpo de doctrina definido. Por esto nos parece adecuado lo que recientemente ha dicho un versátil político (y otras cosas más) de que el «ser liberal es no ser nada». No hemos de extrañarnos teniendo en cuenta los anteriores conceptos y entendiéndolos así a los «liberales» que hoy veamos a Santiago Alba o a sus secuaces aso-

ciarse al trogloditismo ciervista por ejemplo y en el extremo expuesto a los liberales alemanes (partido profundamente burgués, semidinástico) entrar en conjunción con la Social Democracia partido como se sabe nacido en las últimas décadas del siglo XIV al calor de la violencia justa, y fomentado por las brillantes jornadas de la revolución de 1919 preñadas de colectivismo marxista, la vemos hoy sin repulsa alguna y con todo descoco colaborar, como lo ha hecho recientemente con motivo de la elección del Presidente del Reichstag. El laborismo británico ha nutrido también en gran parte sus filas con los antiguos liberales. Igual proceder se observa en el socialismo noruego, belga, danés, sueco y otros que enunciaríamos si su indicación no fuese asunto tan delicado en los momentos actuales. Con esto quedamos sentado que el liberalismo no tiene una hegemonía política, determinada.

Siguiendo en el orden cronológico-progresivo de ideas políticas tócale el turno al Socialismo, habida cuenta de que desechamos estos aluviones grises que a la manera de tormentas fugaces trastornan la vida de los pueblos, hemos dicho «Fascismo».

Aún están abiertas y recientes las llagas que sufrieron los primeros apóstoles del Socialismo, víctimas del absolutismo unas veces y del liberalismo otras. Ayer hablábamos incluso hasta del sentido humanista y hoy, francamente, lo repudiamos por su lento ritmo incomparado con la celeridad ac-

tual. Ante estos hechos cabe preguntar ¿son efectivamente las ideas primitivas las que han retrogradado? ¿es el humano intelecto que en su vertiginosa marcha las encuentra muy distantes de su nueva posición ideológica? Ambas y en parte son las causas de su inadaptación al punto crítico del «hoy». El socialismo que en sí encerraba el doble postulado de 1.º lucha de clases que culmina en el triunfo de la revolución proletaria, y 2.º implantación de la dictadura del proletariado para asegurarse su estabilidad y reducir a la impotencia a la burguesía que como antigua clase dirigente estará al acecho para en un momento de flaqueza en los primeros pasos que naturalmente han de ser vacilantes del nuevo régimen precipitarse sobre sus antiguos siervos. Este concepto de intransigencia e imposibilidad de pacto entre socialismo y partidos burgueses ha sido primero vivamente impugnado y después violado y esto en todas las latitudes. Basta recordar las disputas promovidas en el seno de la Dunna de Moscú sobre la conducta a seguir después de la huida del presidente de la primera República, Kerensky; los debates que sostuvieron Rosa Luxemburgo y Carlos Liebnicht desde la cárcel de Berlín con sus contrincantes y que solo cesaron al ser vilmente asesinados por el soldado Otto.

Pero si estos deslices en la táctica pueden ser explicados en los momentos críticos de la revolución por un miedo «mencheviquista» (en el sentido que Haussman da a esta pala-

